

Notas para una Comunidad Profética Laical guiada por el Espíritu

Ponencia del P. Nicolás a la 15ª. Asamblea General de la CVX 2008
Fátima, Portugal, 17 de Agosto 2008

Introducción – Saludo

No recuerdo cuándo fue. Estaba finalizando un período de mi vida: dos años de estudios en Roma o seis de servicio en el Instituto Pastoral de Asia Oriental de Manila. Alguien me dijo que la Comunidad del CVX japonesa, a donde yo volvía, había pedido al Padre Provincial que me nombrase su Asistente Eclesiástico. Quizá andaban desesperados y querían conseguir un jesuita, cualquier jesuita. Pero el Provincial tenía otros planes y la CVX japonesa se vio protegida de mí. Mis contactos con la CVX eran esporádicos y no muy frecuentes, aunque nunca se cortaron. Y desde luego yo nunca pensé que hoy estaría aquí dirigiéndome a la Asamblea General. Y debo decir que lo hago con mucho gusto.

También debo decir que estoy muy impresionado. He leído algunos de vuestros recientes documentos claves. He tenido acceso a vuestros intercambios, informes y discusiones. Me he visto con algunos de vuestros representantes y miembros del Consejo Ejecutivo. Y nunca deja de impresionarme la visión, consagración y profunda humanidad que encuentro en todos ellos. Os felicito a todos por este nivel de vida humana y compromiso cristiano. [Debo confesar que tuve que rastrear en vuestros Estatutos o Principios Generales en busca de la terminología correcta sobre el liderazgo de la CVX. Quería saber cómo llamabais a vuestros líderes. Abrí los Principios y leí: “Las Tres Divinas Personas”. No me llevó mucho tiempo caer en la cuenta de que estaba leyendo la página incorrecta. Mucho más abajo encontré Asamblea y Consejo Ejecutivo, y Presidente, etc.

Otro factor de la grata alegría que hoy siento es que es mucho lo que compartimos, desde las directrices básicas de la espiritualidad ignaciana hasta incluso algunos elementos estructurales de vuestro sistema de liderazgo. Esto queda muy lejos de cuando en el colegio formábamos parte de la Congregación Mariana del colegio de los jesuitas de Madrid.

Mucho ha cambiado desde la última vez que me relacioné con la CVX

La lectura de las cartas de comunicación del Consejo Ejecutivo a los Miembros es fascinante. No hay duda de que las recomendaciones de la Asamblea de Nairobi hacen época. Leemos: *Nos sentimos confirmados en nuestra vocación de hacernos un cuerpo apostólico seglar que comparte la responsabilidad de la misión de la Iglesia* (Nairobi 2003). Esto es sencillamente extraordinario para una comunidad u organización de seglares. La razón es que esta afirmación surgida de un proceso de discernimiento tiene consecuencias enormes para la CVX y para todos sus miembros. Y es esto precisamente lo que queréis profundizar en esta Asamblea de Fátima.

Este importante cambio en la visión de los miembros de la CVX tiene lugar – providencialmente – en un tiempo en que también están teniendo lugar otros cambios trascendentales. Hubo un tiempo en que algunas personalidades fuertes, dotadas y visionarias marcaban la diferencia en la Iglesia y la sociedad.

Esto sigue siendo verdad aunque sólo hasta cierto punto. Todas las edades y generaciones han conocido personalidades que han influido por bien o por mal. Una persona dotada nunca deja de influir en otros.

Pero los tiempos han cambiado y ahora podemos ver y experimentar la diferencia que marca toda una serie de grupos, movimientos, comunidades y proyectos de colaboración. Si alguien intenta un cambio social, su primera cuestión será cómo movilizar a otros, cómo crear tal movimiento de pensamiento, motivación y visión que haga posible el cambio.

El que en un tiempo como el nuestro vuestras comunidades se sientan “confirmadas” en una misión compartida es una de las respuestas de Dios a nuestra creciente necesidad de acción concertada por la justicia y la reconciliación del pueblo.

Esta observación podemos traducirla a términos eclesiásticos. Hubo un tiempo en que correspondía a los sacerdotes, religiosos y otros ministros oficialmente nombrados marcar el paso de la vida eclesial y dictar normas para cada sector relevante de la Iglesia y de la Fe. Pero también aquí han cambiado las cosas. Nos estamos acostumbrando a vivir la fe con una mayor espontaneidad, que brota de nuestra experiencia y formación en el discernimiento de los movimientos del Espíritu. Respetamos a los líderes seculares como en el pasado lo hicimos a los clérigos; leemos escritos de teólogos seculares y nos sentimos inspirados por la vida y testimonios de parejas seculares y personas seculares comprometidas que han encontrado caminos de salvación donde antes sólo buscábamos “vida secolar ejemplar”. Al laicado y a los grupos que forman se les escucha y sigue con estupor en los numerosos nuevos caminos que han abierto.

Hubo un tiempo finalmente en que la palabra predicada y escrita tenía un filo cortante en nuestras vidas. Venimos de una larga y rica tradición en la que las palabras eran tremendamente importantes y la fe, según la expresión de San Pablo, nos llegaba al corazón por el oído – Fides ex auditu. Hay algo en el oír que llega a las profundidades de la persona y que no llega por otros sentidos. Todas nuestras culturas han pasado por una fase “auditiva” que coincidió en gran parte con los testimonios más originales de la humanidad y la comunicación de Dios con ésta. Esto sigue siendo verdad y vemos verdaderas muchedumbres amontonarse para escuchar al Santo Padre, a sus palabras y a través de ellas vislumbrar la revelación de Dios.

Y no obstante, los que hemos vivido lo bastante o podido tener largos y profundos contactos con Asia Oriental hemos experimentado el fuerte emerger de la “vista” en la búsqueda de una vida y verdad más profundas. La generación actual cuenta con mucha gente que está cansada y desengañada con palabras vacías, promesas de campañas. Homilias mortecinas y anémicas, palabras y palabras y palabras que, citando de nuevo a San Pablo, no son más que ruido, metal que suena o címbalo ruidoso. Hoy la gente quiere “ver” lo que “oye”. Quiere ver “palabras vivas”. El predicador y el profeta viven bajo una lupa. Por eso hay en la actualidad tanto interés en el testimonio viviente de un laicado comprometido, parejas que han transformado años de dificultades, diferencias y conflictos en testimonios de un amor mayor, fidelidad cristiana y esperanza creativa. El ojo se ha hecho un compañero inseparable del oído.

¿Podemos vivir una Vocación Profética como Comunidad?

Cualquiera que sea el análisis, motivación, proceso y evolución de los cambios recientes, nos encontramos ante una nueva percepción y una nueva realidad. Nos hemos

sentido confirmados de que Dios quiere que seamos “una comunidad apostólica que comparte la misión de la Iglesia”. Pero esta misión, en la tradición bíblica y cristiana, debe ser una Misión Profética, realizada y llevada a cabo en el nombre de Dios y bajo su guía. Y podemos pertinentemente preguntarnos: ¿Podemos realmente ser proféticos? No hace mucho varios escritores bíblicos y espirituales escribieron libros y artículos en los que la gran pregunta era: “¿Dónde están los Profetas?” Esta pregunta es particularmente relevante cuando se dirige a una comunidad. ¿Puede una Comunidad – igual que una institución – permitirse ser profética?

Muy probablemente la respuesta está aquí, en medio de nosotros, en medio de vosotros. Habéis escogido como una de las frases clave de esta Asamblea: “Los Apóstoles contaron a Jesús lo que habían hecho y enseñado” (Marcos 6:30).

Naturalmente no todos sois profetas. Quizá algunos de vosotros, al menos algunas veces, no siempre, ni en todos los frentes.

Pero quizá – y esto es mucho más importante – éste es tiempo para Comunidades Proféticas y me parece que estáis moviéndoos decididamente en esa dirección.

Si tal es el caso, podemos de nuevo decir que San Ignacio es el Maestro que necesitamos en este tiempo. Consideremos algunos puntos en torno a esta cuestión. ¿Qué es lo que hace o define a una Profeta? ¿Qué es lo que nos dice la Biblia sobre los Profetas?

El Profeta VE el mundo con los ojos de Dios. Lo hemos visto y contemplado en la Encarnación. “Las Tres Divinas Personas...” (Ahora estoy en la página correcta.) Ignacio no es nada tímido cuando contempla el mundo.

El Profeta ESCUCHA con sus oídos lo que Dios oye. Dios escucha la voz, los gritos, el clamor angustiado del pueblo. Dios oye al pueblo cuando le pide justicia, cuando sufre pena y soledad y opresión.

El Profeta SIENTE con el Corazón de Dios. Vemos cómo se mueven las entrañas de Jesús, cómo se conmueve todo su ser... Y lo mismo leemos sobre Dios en el Antiguo Testamento... Lloro y sufre con los sufrimientos de (y aquí podemos evocar el lenguaje bíblico) “Hija mía”, “Pueblo mío”, “Mi amada”, “Mi familia”... Dios está cerca, siente empatía y comunión con su pobre pueblo. Compasión es su primera respuesta.

Entonces el Profeta HABLA la Palabra de Dios. Y sabemos que es una palabra de misericordia, de compasión de los que sufren... y una palabra de Conversión y Solidaridad para los que pueden hacer algo respecto al sufrimiento. (Dejamos para más tarde hacer un análisis de esta Palabra, que no es sólo un dicho de la boca sino una palabra viva que afecta la realidad y la cambia).

El proceso ignaciano y el Espíritu Santo.

Hace menos de un mes fuimos testigos de la gran experiencia del Día Mundial de la Juventud en Sydney, Australia, con 250.000 jóvenes de todo el mundo. En cierto sentido algo paralelo ha tenido lugar aquí.

En lo más vivo de aquel encuentro, el Santo Padre habló del Espíritu Santo. Sintió la necesidad de una Catequesis del Espíritu Santo.

Pues bien, éste es también nuestro tema. Ignacio no disponía de una buena teología del Espíritu Santo porque la teología católica de su tiempo andaba por otros derroteros.

Pero Ignacio tuvo la EXPERIENCIA del Espíritu Santo y el MÉTODO para ayudarnos a tener la misma viva experiencia. La espiritualidad de los Ejercicios Espirituales es una expresión práctica y concreta de la Teología que le faltó (sólo en teoría, porque en la práctica la vivió).

Todo el proceso de los Ejercicios prepara a la persona (al alma, diría él) a acercarse a Jesús e imitarle.

Nos prepara para VER como decíamos que ven los profetas.

Nos prepara para OÍR lo que el Señor oye decir a los pobres y los que sufren.

Nos lleva a SENTIR lo que Cristo y Dios sienten de la realidad, del bien y del mal.

Nos enseña cómo DISCERNIR en medio de sentimientos tan intensos con respecto a la realidad humana e histórica.

Nos ayuda en las DECISIONES sobre cómo responder y contribuir a la realidad de que formamos parte.

Nos mueve a ACTUAR según nos haya movido el Espíritu.

Y abre nuestras bocas para que podamos EXPRESAR lo que pasa, decirle lo que hemos hecho y enseñado, y hablar a la gente de la dulzura y bondad del Señor.

Los Retos de hacer esto en Comunidad y como Comunidad

Hace un minuto nos preguntábamos si es posible ser proféticos en comunidad.

No hay una respuesta teórica. Sólo hay una respuesta práctica.

Es posible SI Y CUANDO... Permittedme decir unas palabras sobre estos “Si y Cuando”. Pero primero permittedme recordaros que habéis hecho la opción de haceros una Comunidad Apostólica y compartir juntos vuestra misión en la Iglesia. En otras palabras, habéis optado por haceros una comunidad profética y misionera como comunidad. De esta manera el reto no es teórico sino práctico: cómo llegar a ser una comunidad apostólica viviente. Y quizá aquí puede servir esta sencilla reflexión sobre el vivir profético:

Para ser proféticos, TODOS debemos ser personas que ESCUCHAN. Que escuchan a la gente – que escuchan la Palabra de Dios – que escuchan las suaves reflexiones del Espíritu Santo. Ignacio nos da innumerables directrices para poder conocer cuándo se hacen una estas tres maneras de escuchar. Porque cuando se hacen una, cambiamos y nos ponemos radiantes de gozo, esperanza y consolación. Santo Tomás de Aquino escribió que en la experiencia de la Fe hay dos palabras: la palabra exterior que se nos da en las Escrituras y la palabra interior que el Espíritu Santo pone en nuestros corazones. Cuando estas dos palabras se juntan, alcanzamos una profunda comunión con el Señor. Pero para que esto llegue a ser una experiencia de comunidad, todos debemos ESCUCHAR.

Para ser proféticos, TODOS debemos BUSCAR. No hay profecía sin DISCERNIMIENTO. Conclusiones del tipo de “comida rápida” no son más que una expresión de la profecía falsa. Ignacio estaba convencido de ello. Por eso estaba siempre dispuesto a poner a la prueba sus conclusiones una y otra vez no fuera que se le hubiera escapado uno u otro importante hecho o sentimiento o moción del Espíritu. Una

comunidad apostólica y profética es una comunidad de creyentes humildes que siempre están buscando.

Ello quiere decir que una comunidad profética vive en una sana tensión de estar en necesidad de RECIBIR, porque el don del Espíritu – como dijo Benedicto XVI – nunca se conquista sino que siempre se recibe con humilde gratitud. Podéis ver lo alejados que estamos de cualquier tipo de fundamentalismo espiritual. Nuestra seguridad va estrechamente unida con nuestra humildad; no se basa en posesión sino en una permanente conciencia de que vivimos en la bondad y amor de Dios, el don de los dones. Esta es también la tensión del DISCERNIR, el BUSCAR y el DECIDIR. Puede parecer contradicción. ¿Pero cómo podemos ser humildes y decisivos al mismo tiempo? En eso precisamente consiste el discernimiento, porque cuando viene el Espíritu a nuestra comunidad, nuestros miedos se disipan y sabemos lo que Dios quiere de nosotros.

Ahora, si tal es el espíritu con que discernimos y decidimos como comunidad, está claro que la expresión recientemente acuñada “HOMBRES/MUJERES CON LOS DEMÁS” no es una mera añadidura a la más tradicional expresión del “HOMBRE/MUJERES PARA LOS DEMÁS”, sino que al contrario aun puede ser más original y radical para el CVX que ha optado por ser una Comunidad Apostólica.

TODOS los miembros están invitados a tener OJOS para VER. Sabéis también que como laicos veis con frecuencia lo que los sacerdotes no vemos o no podemos ver.

TODOS los miembros están invitados a OÍR lo que los sacerdotes y clérigos no pueden con frecuencia oír. Es sorprendente como curiosidad cómo el “oír” puede también estar culturalmente condicionado. ¿Quién puede oír una moneda que cae en una calle transitada? ¿O su nombre susurrado a diez metros de distancia? Oír es una operación discernida.

TODOS están invitados y llamados a SENTIR la pena y sufrimiento de otros. La Tercera Semana de los Ejercicios nos adiestra a sentir el dolor de Cristo, el Otro. Fue el gran Obispo Hilario de Poitiers quien dijo: “Sanctior mens plebis quam cor est sacerdotum” (cuarto siglo).

TODOS están llamados a DISCERNIR, DECIDIR y servirse de MANOS y PIES para la acción, el servicio y la compasión.

Llegar a ser una Comunidad Profética para la Misión Compartida se hace posible si tenemos el valor de aceptar el reto y movernos al estilo ignaciano hacia la Voluntad de Dios.

Importancia Prioritaria de la Formación para todos

Todas estas observaciones y reflexiones me llevan a la conclusión obvia de que nuestra mayor prioridad como CVX debe ser la Formación de nuestros miembros. Ésta es la prioridad de las prioridades.

En estas últimas semanas he visitado unos pocos Cardenales de varias Congregaciones del Vaticano. (Como parte de mi cargo, me imagino). Cuando visité al Cardenal Rylko, Prefecto de la Congregación para los Laicos, me dijo ya el principio lo feliz que estaba con CVX y subrayó repetidamente, “por la seria formación que dan a sus miembros”.

Recordáis cómo San Ignacio no cree que todos puedan beneficiarse igualmente de los Ejercicios Espirituales. No era elitista, pero sabía que hay necesidad de una capacidad

básica, una apertura de la mente y del corazón que nos prepara a ser sensibles y responder al encuentro con Dios y a la guía del Espíritu. En este sentido, la verdadera educación debe medirse por la capacidad de abrir las mentes de las personas a realidades más grandes y profundas.

Aquí es donde está el principal campo de cooperación. Los jesuitas nos sentimos muy felices al ver que los dones de Ignacio son vuestros, que se extienden y salen de los círculos y control jesuíticos. Lo que Ignacio hizo era al servicio del Evangelio, que nunca ha sido posesión exclusiva de nadie. Nos alegramos de ver que los dones de Ignacio se hagan un patrimonio compartido para el bien de la Iglesia y del mundo.

Tendremos que trabajar juntos para una formación en profundidad. Esta formación incluirá naturalmente:

Teología, Psicología, Antropología... cuanto ayude a crecer en el amor como personas y como creyentes.

Pero, sobre todo, la formación ha de ser en la Vida del Espíritu de forma que todos dominemos los recursos para hacernos interiormente libres, para un discernimiento real de la voluntad de Dios, para una dócil y alegre familiaridad con los caminos del Espíritu.

Espero realmente que podamos trabajar juntos en esta importante prioridad y que vosotros, como miembros de la CVX nos ayudéis a los jesuitas a profundizar en la misma espiritualidad.

Recordad que somos sólo una parte, y muy pequeña, del Cuerpo de Cristo, del Pueblo de Dios, de la Iglesia de todos. Y servir a todos siempre será una alegría.

Conclusión

Mi gratitud por esta invitación y por cualquier forma de cooperación que tengamos en el futuro. Nuestra tarea es grande y sobre todo profunda, una tarea en la cual y por la cual esperamos construir en cada uno el Cuerpo de Cristo y compartir mutuamente la guía e inspiración del Espíritu Santo. Algo a que aspirar con ilusión y por lo que dar gracias a Dios.

P. Adolfo Nicolás, S.J.
Asistente Eclesiástico de la CVX
Superior General de la Compañía de Jesús